

le tendrá Vmd. aquí quando se levante. ¡Cómo, pues, le dixé, señor Scipion, Vmd. está ya ducho en este asunto! Conozco que no es principiante en materia de agencias, y me espanto de que Vmd. no esté mas rico. Esto es lo que no debe sorprehender á Vmd., me respondió; yo no atesoro, quiero que circúle el dinero.

Efectivamente vino Don Rogerio de Rada á mi casa, le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dixé, antes de tomar cartas por Vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la Corte, porque podría ser tal que no me atreviera á hablar al primer Ministro. Hágame Vmd., pues, si gusta, una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el Granadino, voy á contar á Vmd. mi historia sinceramente; y fue de esta suerte.

CAPITULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo Granadino, vivia felizmente en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía su esposa, lo que añadía á un genio dulce y extremada hermosura una

só-

sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, ella era amada con pasion. El era naturalmente muy zeloso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger no dexaba de estar inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de Don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía; siendo á la verdad éste el único hombre de quien debía desconfiar.

Efectivamente Don Huberto sin atender á la sangre que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo el atrevimiento de declararla su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales conseqüencias reprehendió á su pariente con dulzura, representándole el exceso de su delito en querer seducirla y deshonrar á su marido, y le dixo con mucha seriedad que no debía esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el qual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco respetuosos; y un dia tuvo el atrevimiento de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos; ella le rechazó con un ayre severo, y le amenazó hacer que Don

Anas-

Anastasio castigase tu temeridad. El galán, espantado de la amenaza, ofreció no hablar mas de amor, y en fé de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era muy malo, no pudo ver su pasión tan mal pagada sin concebir un cobarde deseo de venganza. Conocía que Don Anastasio era zeloso y susceptible de todas las impresiones que quisiera darle; este conocimiento le bastó para formar el mas horrible designio de que era capaz el hombre mas perverso. Una tarde que se paseaba solo con este debil esposo, le dixo con el ayre mas melancólico: mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensára descubrirsi si no conociera que os interesa mas vuestro honor que vuestro reposo: la delicadeza de Vmd. y la mia en materia de ofensas no me permiten ocultarle lo que pasa en su casa. Prepárese Vmd. á oír una noticia que le causará tanto dolor como sorpresa, porque voy á herirle por el lado mas sensible.

Os entiendo; interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima; repitió Hordales con un ayre irritado: la desconozco, es indigna de que seais su marido. Esto es demasiado consumirme, exclamó Don Anastasio, hablando. Qué ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió Don Huberto. Vmd. tiene un

ri-

rival á quien vé en secreto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha ocultado de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoy cierto. El interes que debo tomar en este asunto os asegura la verdad de mi narracion. Quando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus discursos hacian el efecto que esperaba, es inútil decirs mas. Percibo estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ello. No examinéis qual es la víctima que vais á inmolar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais sacrificar á vuestro honor.

El traidor animaba de este modo á un esposo muy crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la infamia de que se cubria si dexaba la afrenta sin castigo, que le enfureció. Ve aquí á Don Anastasio que pierde el juicio; parece que las furias le agitaban; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra preparada para meterse en la cama: al pronto se contiene y espera que los criados se retiren. Entónces sin contenerle el temor de la cólera del Cielo, ni el deshonor que podria caer sobre una honrada familia, ni aun la

pie-

168 *Las Aventuras de Gil Blas.*

piedad natural que debia tener al hijo de seis meses que su muger llevaba en su vientre, se acercó á su víctima, y con furia la dixo: es preciso que mueras, miserable, y solo te queda un momento de vida que mi bondad te dexa para que pidas perdon al Cielo del ultrage que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Diciendo esto sacó un puñal: su accion y su discurso espantaron á Estefanía, que habiéndose arrojado á sus pies le dixo con las manos cruzadas, y toda fuera de sí: ¿qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal extremo? ¿por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.

No, no, repitió ásperamente el zeloso, estoy muy asegurado de vuestra traicion. Las personas que me lo han advertido son personas de crédito. Don Huberto.... ¡Ah Señor, interrumpió ella con precipitacion: Vmd. no debe fiarse de Don Huberto. El no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud no lo creais. Callad infame replicó Don Anastasio: vos misma justificais mis sospechas queriendo prevenirme contra Hordales; no penseis que las dissipareis: si me lo quereis hacer sospechoso es porque está instruido de vuestra mala conducta. Quisierais hacer su testimonio insufi-

cien-

Lib. VIII. Cap. VIII. 169

ciente; pero este artificio es inútil, y redobla el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguís sus movimientos cometeréis una accion de que no podreis consolaros quando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios calmad vuestro arrebato. A lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas; entonces hareis mas justicia á una muger que en nada es reprehensible.

A otro que Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavia mas se hubiera conmovido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido lejos de enter necerse la dixo segunda vez que se encomendára á Dios, y levantó el brazo para hierla. Detente, bárbaro, gritó, si el amor que me has tenido se ha extinguido enteramente; si la ternura conque te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no pueden apartarte de tu exécrable designio, respeta á lo menos tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavia no ha visto la luz. Tú no puedes ser su verdugo sin ofender al Cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte; pero no lo dudes, la suya pedirá justicia de un crimen tan horrible.

Por muy determinado que estuviese Don Anastasio á no hacer caso de las excusas de Estefanía, las imágenes espantosas que presentaron á su espíritu estas últimas palabras no dexaron

TOMO III.

Y

de

de enmudecerle. Por tanto, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó á toda priesa del furor que le quedaba, y descargó el golpe entrando el puñal por el costado derecho de su muger, que cayó en el mismo momento, y la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto esta desgraciada esposa aturdida del golpe que habia recibido quedó algunos instantes en tierra como muerta. Despues habiendo recobrado sus espíritus empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso dió tales gritos que despertó á los otros criados, y á los mas próximos vecinos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, registraron la herida, no les pareció peligrosa, y no erraron en su conjetura. Curaron en muy poco tiempo á Estefania, que parió felizmente un hijo tres meses despues de esta cruel aventura, y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre, y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como exceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre era tenido por un hombre violento y facil en sospechar. Hordales juzgó con razor que su prima

pre-

presumiria que él con sus chismes habia turbado el espíritu de Don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos medio vengado cesó de verla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que se me dió. Solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á cuidar me enseñasen el arte de la esgrima; y que me exercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad para medir mi espada con la de Don Huberto, é instruirme entonces del motivo que tenia para quejarse de él: y viéndome en fin de diez y ocho años, me lo descubrió derramando abundantes lágrimas, y penetrada de un vivo dolor. ¡Qué impresion no hace en un hijo que tiene valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, le saqué á un sitio oculto, en donde despues de un largo combate le dí tres estocadas, con que cayó en tierra.

Don Huberto sintiéndose mortalmente herido puso en mí sus últimas miradas, y me dixo que recibia la muerte de mi mano como un justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Me confesó que por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolucion de perderla, y despues espiró pidiendo perdon de su falta al Cielo, á Don Anastasio, á Estefania, y á mí. No contemplé conveniente volver á casa á in-

Y 2

for-

formar á mi madre de este acontecimiento , cuyo cuidado remití á la fama. Pasé la sierra , y llegué á la ciudad de Málaga , en donde me embarqué con un corsario que salia del puerto. Le pareció que no me faltaba corazon , y consintió gustoso me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanias de las Islas de Albarán encontramos un corsario de Melilla que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion Española , que habia apresado á la altura de Cartagena , muy interesada. Atacamos vivamente al Africano , y nos apoderamos de sus dos baxeles , en los quales traía ochenta christianos que llevaba esclavos á Berberia ; y aprovechándonos de un viento que se levantó , y que era favorable para acercarnos á la costa de Granada , llegamos á poco tiempo á punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos que habiamos librado , por su pais , y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buena cara , y que podia tener cinquenta años bien hechos. Me respondió suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué ; y yo tambien advertí que se turbaba. Díxele , yo soy vuestro paisano , ¿podrémos saber vuestra familia? ¡Ah! me dixo , no me estrecheis para que satisfaga vuestra curiosidad , si no quereis renovar mi dolor. Ya ha diez y ocho años que

dexé á Antequera , en donde no se deben acordar de mí sin horror. Vmd. acaso habrá oido muchas veces mi historia. Me llamo Don Anastasio de Rada. ¡Buen Dios! exclamé , ¿debo creer lo que oigo? ¿Con que Vmd. es Don Anastasio? ¿Es pues mi padre el que veo? ¡Qué decís , jóven , exclamó mirándome con sorpresa! ¿Será posible que seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre quando la sacrificué á mi furor? Sí , padre mio , le dixé , yo soy el que parió la virtuosa Estefanía tres meses despues de la funesta noche que la dexásteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que hubiese acabado estas palabras para arrojarle á mi cuello. Me abrazó estrechamente , y en un quarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos abandonado á los movimientos tiernos que semejante encuentro debia excitar , mi padre levantó los ojos al Cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía ; pero un momento despues , como si temiese dárselas fuera de tiempo , se dirigió á mí , y me preguntó de qué manera se habia reconocido la inocencia de su muger. Señor , le respondí , nadie ha dudado jamás de ella sino Vmd. La conducta de su esposa ha sido siempre irreprehensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que Don Huberto ha sido quien os ha engañado. Entonces le conté toda la perfidia de este pariente , como me habia vengado

de él, y lo que me habia confesado al morir.

Mi padre fue menos sensible al gusto de haber recobrado la libertad que al de oír las nuevas que le anunciaba. Comenzó á abrazarme con el exceso de su alegría: no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dixo, tomémos presto el camino de Antequera. Estoy impaciente hasta arrojar me á los pies de una esposa que tan indignamente he tratado. Conocida mi injusticia, se despedaza mi corazon con crueles remordimientos. Deseando yo unir estas dos personas que me eran tan amables, no quise se retardase tan dulce momento. Dexé al corsario, y como mi padre no queria exponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el Príncipe de Itaca á la narracion de las del Rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pie del monte mas inmediato á Antequera en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine Vmd. la sorpresa de mi madre al ver un marido que creía perdido para siempre; y todavía le admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse se le habia restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vivas de arrepen-

ti-

timiento, que mi madre enternecida, en lugar de mirarle como un asesino, vió en él un hombre á quien el Cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huída, y tuvo mucho gusto al verme; pero su alegría no fue sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó desde la misma noche á partir para la Corte, á donde vengo, Señor, á solicitar mi gracia, la que espero obtener, pues que Vmd. quiere hablar en mi favor al primer Ministro, y apoyarme con todo su crédito.

El valiente hijo de Don Anastasio acabó aquí su narracion, y yo le dixé con mucha gravedad: basta, señor Don Rogerio, el caso me parece graciable, quedo con el encargo de referir con todas sus circunstancias á S. E. este negocio, y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el Granadino me dió muchos agradecimientos, que por un oído se me hubieran entrado, y por otro hubieran salido, si no me hubiera asegurado que se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que hubo tocado esta cuerda me puse en movimiento. Desde el mismo dia conté esta historia al Duque, quien habiéndome

me

me permitido le presentára el caballero, le di-
xo; Don Rogerio, estoy instruido del negocio
de honor que os trae á la Corte: Santillana
me ha dicho todas sus circunstancias: sosiégue-
guese Vmd. Vuestra accion es excusable, y S. M.
gusta de hacer gracia á los Nobles que vengan
su honor ofendido. Es necesario que por cere-
monia os pongais preso; pero estad seguro de
que no estaréis largo tiempo. En Santillana teneis
un buen amigo que se encargará de lo demas; él
apresurará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia
al Ministro, sobre cuya palabra se fue á poner
en la cárcel. Sus cartas de perdon fueron expedi-
das inmediatamente por mis cuidados. En me-
nos de diez dias envié este nuevo Telémaco con
su Ulises y con su Pelénope; en lugar que si
no hubiera tenido protector y dinero acaso hu-
biera pasado un año en la prision. De todo esto
no saqué mas que cien doblones: no fué este
lance muy provechoso; pero yo no era todavía
un Baron de Roncal para despreciarlo.



CA-

CAPITULO IX.

*Por qué medios hizo Gil Blas en poco
tiempo una fortuna considerable, y de
cómo tomó el ayre de persona de
importancia.*

Este negocio me engolosinó, y diez doblo-
nes que di á Scipion por su corretage, le ani-
maron á hacer nuevas pesquisas. Ya he celebra-
do sus talentos sobre esto, se le podia dar el
título del grande Scipion. El segundo peniten-
te que me llevó fue un impresor de libros de
caballería, que se habia enriquecido á pesar de
la razon y juicio. Este impresor habia contra-
hecho una obra de uno de sus compañeros que
se habia aprehendido. Por trescientos ducados
le desembargué sus exemplares, y le salvé de
una gruesa multa. Aunque esto no fuesé de la
inspeccion del primer Ministro, S. E. quiso
por mi súplica interponer su autoridad. Des-
pues del impresor vino á mis manos un mer-
cader, y hé aquí su negocio: un navío Por-
tugues habia sido apresado por un corsario Ber-
berisco, y represado por otro de Cadiz. Las
dos terceras partes de mercancías de que estaba
cargado pertenecian á un mercader de Lisboa,
que habiéndome reclamado inútilmente, venia

TOMO III.

z

á